

PAUL PASSY: *Conversations francaises en transcription phonétique*. Nueva edición preparada con el concurso de Hélène Coustenoble, publicado por la "University of London Press" y otros trabajos sobre lengua oral.

Ediciones: Paul Passy, uno de los primeros foneticistas franceses modernos, presentó la primera edición en 1920. La segunda y actual es de 1957 y consta de veinticinco textos, dos menos que aquella.

Situaciones y lengua: Los viajes figurados de un estudiante inglés y su paso por distintos lugares e la vida francesa cotidiana, procuraron al autor los signos situaciones del francés oral corriente que se proponía presentar, la mayor parte de las veces redactado en forma dialogada. "En la aduana", "Llegada a París", "En el hotel", "En la agencia de cambio", "En la pensión", "En el Louvre", "Con el médico", "Compras", "De viaje en el tren", "Por el bosque", "Cuestión social", "La cosecha", etc., son títulos que expresan el lugar y sugieren la lengua utilizada.

La transcripción: En todos los textos es por palabra y con barras verticales para delimitar las series llamadas "grupos de sentido" por Paul Passy. En la edición primera, los seis primeros textos habían sido transcritos uniendo las palabras que constituyen los "grupos de sentido", a los efectos de combatir, al comienzo, la lectura entrecortada. Esta ventaja va acompañada de un inconveniente, la dificultad de reconocer las palabras. Acaso sea útil advertir que los "grupos de sentido" no son los grupos acentuados o rítmicos, pues dentro de los límites de las barras caben a veces varios "grupos acentuados". En cambio corresponden a los llamados "grupos fónicos", mencionados en el "Manual de Phonétique et de Diction Française" de Peyrollaz et Bara de Tovar. La transcripción ha sido modernizada y se han agregado los signos de los acentos enfáticos que faltaban en la primera edición. El movimiento del habla representada es el mismo de la edición de 1920: el francés familiar lento, con numerosas llamadas de Paul Passy para representar el movimiento más rápido. No hay indicación de la entonación.

Pensamos que la reedición de este librito puede ser muy útil, tanto más porque los trabajos para el estudio y la ejercitación de la lengua

hablada francesa, no nos referimos a los libros que exponen reglas fonéticas, son poco numerosos.

Años atrás, Charles Bally en su "Linguistique Générale et Linguistique Française" y en "Le Langage et la vie" había explicado la importancia del estudio de la lengua hablada y señalado el error de quienes la desdeñaban. Decimos error manifiesto, pues el el medio de relación habitual y primero, que se utiliza en el quehacer en común y el vehículo transferencial del amor o del odio y de toda la gama afectiva que puede existir entre esos sentimientos polares por los cuales los hombres en buena parte, llegan a entenderse o no. Creemos que la lección de Bally no siempre fué aprovechada en la enseñanza del francés. Algunos tratados importantes dieron de algún modo cabida, entre sus ejemplos, a formas de la lengua oral: mencionamos del mismo Bally el "Traité de Stylistique Française", pródigo en ejemplos, en análisis y en ejercicios; "La Pensée et la Langue", de Ferdinand Brunot; "L'Essai de Grammaire de la langue française", de Damourette et Pichon, este último con 2.900 ejemplos sobre 31.000 de la lengua literaria; el menos conocido "L'Ordre des Mots en Français Moderne", de Andreas Blinkenberg, en donde se analizan casos de sintaxis de posición en la lengua oral y escrita, más de una vez en forma paralela, y "Valeur logique et valeur stylistique des propositions complexes", de Petar Gubérina, quien aprovecha las enseñanzas de Charles Bally. En el número dos del "Bulletin Pédagogique de l'Institut Français de Buenos Aires, de 1956, nos permitimos llamar la atención sobre el conocimiento, que juzgábamos insuficiente de parte de los alumnos, de los medios de expresión de la lengua oral como así también de su uso, por no isponerse de material adecuado para enseñarla.

Señalábamos que la invención del grabador de cinta permitiría registrar conversaciones auténticas para un trabajo filológico útil, paralelo al que se cumple con los textos literarios, con el fin de proveer al estudiante de los medios de expresión de ambas formas de lenguaje. Posteriormente a "Le livre des deux mille phrases" de Henri Frei, también autor de la "Grammaire es Fautes", hemos visto aparecer algunos otros trabajos, exclusivamente sobre la lengua hablada: "Le Français Élémentaire", lista de frecuencia de palabras y de estructuras establecidas por el "Centre du Français Élémentaire de Saint-Cloud" sobre textos registrados con "grabador" y "Les Moyens Expressifs du Français Moderne" en donde su autor, Aurélien Sauvageot, analiza su propia lengua, también registrada con dicho aparato. Como libro de enseñanza no especializada agreguemos el "tercer" tomo del Cours de Langue et de Civilisation Françaises" à l'usage des étrangers" de Mauger, premiado por la Academia francesa, en donde hay numerosos textos ricos en formas del francés familiar y una singular abundancia de ejemplos de este orden en la parte gramatical; este premio de Academia *autoriza* plenamente pues a quienes propiciamos una mayor enseñanza y práctica de las formas expresivas del francés hablado. Creemos que la orientación de este tercer tomo se debe a la influencia de los trabajos del "Centre u Français Élémentaire", pues los dos anteriores, publicados antes de que se conocieran las conclusiones del mencionado centro, son profundamente distintos y, si bien están excelentemente impresos y las ilustraciones son un documento de la vida francesa, no constituyen una novedad ni por la lengua presentada ni por el enfoque metodológico que sigue la línea clásica conocida: hubiésemos deseado una presencia mayor de dinamismo de las estructuras.

El balance habla pues e exigüidad de trabajos y de un interés que se hubiese podido esperar más vivo entre nosotros. No nos extraña enton-

ces que el "viejo" librito de Passy, aparecido hace cuarenta años, no fuese conocido o apreciado en nuestro medio. Estimamos que puede ser utilizado por el alumno profesor que estudia fonética, como material de lectura junto a los textos literarios. En cuanto a la transcripción, consideramos que la versión por palabras facilita la lectura y que las barras, al invitar a leer sin detenerse, hasta ellas, son indicación suficiente para evitar la lectura entrecortada. Quien consulte el "Traité de Prononciation Française" de Pierre Fouché, advertirá que no siempre hay correspondencia entre la transcripción y las reglas enunciadas por este sabio, pero el profesor podrá sacar partido explicando que con frecuencia existe más de una pronunciación y que es a veces difícil establecer la más constante. Es de lamentar que la entonación no haya sido indicada, quizá por dificultad tipográfica, pues Coustenoble y Armstrong son autores del libro más completo en esta materia. Es evidente que hoy, con el grabador se puede hacer más: ya alguna experiencia hemos hecho en el Instituto del Profesorado de Buenos Aires, al utilizar como textos de lectura y de dicción, trozos de conversaciones, analizados previamente desde el punto de vista de la articulación, del ritmo, del movimiento y de la melodía, como hace el médico con el funcionamiento del cuerpo vivo con respecto a los mecanismos vitales.

ANDRÉS CARLOS LONGCHAMP
(Prof. de Fonética Francesa)

JUAN E. PIVEL DEVOTO: *Raíces coloniales de la Revolución Oriental de 1811*. Editorial Medina. Montevideo, 1957, 286 págs.

La República Oriental del Uruguay forma una unidad geográfica armónica dentro de su pequeñez territorial. Rodeada de grandes extensiones, dos de ellas continentales, Argentina y Brasil, la otra marítima, su vida histórica marca en etapas sucesivas la lucha por manifestar una individualidad que le dará a la postre las bases constitutivas para alcanzar la categoría de Nación.

Como el libro lo enuncia en su título, la puja se manifiesta desde la época colonial y se agudiza durante la vigencia del Virreinato del Río de la Plata, entidad ésta que pone de relieve su insuficiencia para abarcar y ordenar las distintas regiones que la integran. Es precisamente la Banda Oriental una de esas regiones, que en mérito a su integridad y creciente poder económico, alienta tendencias separatistas, las cuales pretenden formar una unidad jurídica.

El profesor Pivel Devoto en el relato describe los factores que van alimentando y basamentando la tendencia enunciada hasta la manifestación decisiva de 1811. Su demostración la realiza sobre la base de una seleccionada documentación tomada en su mayor parte de los Archivos Nacionales de Montevideo y Buenos Aires y Archivos particulares. Exposiciones de comerciantes y hacendados, petitorios de las distintas organizaciones económicas, reclamaciones cursadas a Buenos Aires como sede de autoridades o ante la Corte, planes para la organización y población de la campaña son los principales documentos.

El autor sigue el orden cronológico para su demostración en la que expone fundamentalmente los ambientes rural y portuario. El primero a través de la distribución de la tierra o la ocupación directa por el hombre, con su secuela de pleitos. Crece una economía basada en la ex-

plotación ganadera y en la medida que se incrementa la riqueza surgen mayores necesidades de fijar fronteras, organizar la campaña y crear un cuerpo armado — Blandengues — de protección. Luego nacen las organizaciones — Gremio de Hacendados — que constituyen verdaderos grupos de presión en la lucha por sus intereses económicos. La campaña se encuentra a principios del siglo XIX estructurada y aparece su producto político, el caudillo, en este caso Artigas, dejando establecida así una de las bases que forjan la antinomia de la historia uruguaya.

Montevideo — la otra parte — crece en dura oposición a Buenos Aires. Dotada de un puerto natural, lucha por atraer el comercio marítimo del Río de la Plata. En tanto se abre camino el libre comercio y se resquebraja el sistema monopolista, Montevideo se forma como ciudad portuaria, con una fuerte clase de comerciantes — su grupo de presión — que manifiestan a través de sus intereses y los de los extranjeros comerciantes, la pujanza del desarrollo. Los límites jurisdiccionales fueron así rebalsados y fué Elío el intérprete de las aspiraciones de la burguesía urbana, producto de la actividad comercial del puerto, y que en lo político expresa el otro extremo de la antinomia prefijada.

El impacto revolucionario de Mayo tuvo profunda repercusión en la Banda Oriental. Ciudad y campaña reaccionaron de distinta forma. Caudillos y otores chocaron y abrieron el paréntesis de sus luchas; el paisaje urbano y el rural dieron escenario a las partes.

Todo esto tuvo raíces en la colonia, como surge claramente del libro que comentamos, sus luchas internas y la formación de su nacionalidad arrancan desde ese momento, y se proyectan como todo hecho histórico fundado, al futuro.

En este libro el autor ha sabido combinar la documentación exhaustiva con la interpretación de los hechos enfocados desde el punto de vista económico-social, como base de los acontecimientos que dan lugar a la evolución política de su país.

HORACIO PEREYRA

CARLOS S. A. SEGRETI: *Política y finanzas en Buenos Aires después de Pavón*. Cuadernos de la Revista e "Humanidades", Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba, 1959, 27 págs.

Se analiza en este trabajo la situación financiera del país después de la batalla de Pavón el 17 de septiembre de 1861. Eran años aquellos duros y difíciles para los pobladores: la guerra civil — confederados y porteños — traía dificultades de orden económico y social. La inmigración venía aún en escaso número a nuestras playas, a pesar del interés puesto por los gobernantes para que agricultores y artesanos europeos se radicaran en la Argentina. En 1861 son 6.301 los inmigrantes que llegan por vía marítima; doce años más tarde 76.332...

En aquel año de 1861 con numerosas expediciones militares, compra de armamento, reclutamientos y otros gastos de aquella índole — sin contar, dese luego, la escasa producción del agro que empeoraba la situación — el gobierno decide realizar para afrontar los gastos militares, una nueva emisión de papel moneda. La idea es del ministro de Hacienda de la Riestra, quien opina que el público se consolará pensando que aquella será la última... Y Mitre escribe desde Rosario al ministro: "Si

conseguimos introducir el papel en las Provincias, vamos a costear con esto los gastos e la guerra". Y con las emisiones la inflación inicia su carrera. La onza de oro de \$ 428 1/2 se eleva a \$ 440 1/2... El país seguía por un camino de fáciles realidades. Pero al ejército había que surtirlo para que prosiguiera su lucha y con tal motivo, se inician todas las maniobras posibles para obtener los recursos necesarios. Las autoridades porteñas opinan que es necesario que las diversas divisiones acantonadas en las provincias se surtan en ellas. En carta del 25 de noviembre Ocampo, Obligado y de la Riestra opinan sobre este aspecto con las siguientes palabras: "Creemos que lo más conveniente será autorizar á los respectivos jefes ó comisarios proveedores á tomar las haciendas que se necesiten donde se hallen, dando recibos que se liquidarían en el Rosario, por el justo valor, por una comisión nombrada en Rosario". Pero los sueldos también esperaban y los vales no podían en este caso hacer el mismo papel que en el del ganado. La onza de oro —cumplía en parte, el papel del dólar en nuestros días— seguía su carrera ascendente. Pedíanse soluciones, los políticos discutían y el pueblo comentaba la situación del país. De la Riestra cree entonces que es necesaria una enérgica medida —cambia varias veces de plan— y propone la creación de fondos públicos negociables, "en su mayor parte", en el Banco. Luego vienen las tratativas con capitalistas y comerciantes del país, hecho que acompañado con otros de carácter político hará que la onza e oro descienda más de veinticinco puntos en pocos días.

El Directorio del Banco y Casa de la Moneda comunica al poco tiempo que está dispuesto a entregar cincuenta millones con un interés del 9 % a redimirse en un total de veinte años. El Banco recibiría en hipoteca los fondos particulares, dando por ellos el 7 % de interés a pesar que al gobierno entregaba el dinero al 9 %. El 3 de diciembre se eleva el proyecto de ley. En la Cámara se da la oportunidad a los opositores —Alsina, Tejedor y Mármol— para referirse a los sucesos que están ocurriendo en el campo económico. La oposición afirma que en último caso aceptaría la propuesta de la creación de los fondos públicos con la expresa condición de poder fijar al gobierno la política a seguir...

Era el tiempo de los especuladores y de los agiotistas que esperaban lucrar con las aspiraciones de un militar y político que deseaba afianzar la unidad del país —como muy bien afirma Segreti — "bajo el predominio de los intereses porteños".

El trabajo del profesor Segreti, parte o capítulo de un estudio sobre los acontecimientos posteriores a Pavón, analiza solamente algunos aspectos de la situación económica, como lo afirma en el título de su cuaderno. Interesante sería el estudio de la economía porteña, las aduanas y la situación económica-social en aquel momento en las provincias. La visión social y económica de la totalidad del país nos daría el conocimiento de la realidad de aquel tiempo, apartándonos en lo posible de la cronología y la enunciación de hechos políticos. El trabajo comentado es en realidad un interesante aporte para la historia económica del país.

RICARDO RODRÍGUEZ MOLAS

ANDRÉ CRESSON: *Leibniz (Sa vie, son oeuvre; avec un exposé de sa philosophie)*. Presses Universitaires de France. Collection "Philosophes". París, 1958, 156 págs.

Uno de los peligros más comunes a toda obra destinada a servir de “introducción” a un sistema filosófico, lo constituye la falsa claridad derivada de una esquematización excesiva, que oculta la complejidad de sus problemas implícitos y empobrece la riqueza de sus motivaciones. De ahí la dificultad a la exposición sintetizada, a la par que precisa y clara, de una filosofía rica en problemas e ideas.

Tal el caso de la filosofía de Leibniz, cuya complejidad se deriva en parte de las múltiples y variadas influencias recogidas y acogidas, y que, elaboradas en profundidad, perfilan un sistema original y armónico, cuya importancia y trascendencia resulta obvio destacar.

Esa difícil tarea de realizar la síntesis expositiva de la obra del filósofo alemán la ha afrontado, y en forma sumamente eficaz, André Cresson. Síntesis, precisión y claridad, constituyen cualidades relevantes de su trabajo, a lo que debe añadirse un definido sentido del orden metódico en el planteo de los problemas, cada uno de los cuales conduce al de otros en un lógico encadenamiento. Así, de la afirmación de Leibniz de que en los conocimientos esparcidos por el mundo se hallan diseminado gran número de verdades — en oposición a Descartes, que rechazaba todas las tradiciones del pasado —, Cresson hace derivar las reflexiones leibnizianas acerca de la naturaleza e las ideas y de la necesidad de estructurar un método adecuado a la búsqueda de nuevos conocimientos, y si bien la lógica de Leibniz “ha quedado en estado de esbozo o de proyecto”, sin duda alguna brillante, su alcance e importancia, que revelan “la originalidad de espíritu” de su autor, son dignamente puestas de relieve.

A la exposición de la metafísica leibniziana dedica Cresson un análisis tan detenido y minucioso como lo posibilita una obra de esta naturaleza. El examen de la noción de las mónadas le permite destacar la gran importancia de la idea de “las pequeñas percepciones” o “percepciones inconscientes” para toda la filosofía de Leibniz. Continúa luego con el análisis de las nociones de espacio, tiempo, dinamismo, el movimiento y la concepción de la materia. El problema de la comunicación de las substancias es considerado a la luz de los antecedentes del sistema cartesiano y las tentativas e solución propuestas por el ocasionalismo y por Spinoza, y llega así a la teoría de la “armonía preestablecida”, verdadera idea-clave de la obra de Leibniz. Finalmente, la exposición de las nociones acerca del optimismo leibniziano y su concepción referente al problema del mal, le ofrecen a Cresson la oportunidad de formular sus reservas críticas, claramente expuestas. Por último, destaca ciertos aspectos de la filosofía de Leibniz, verdaderas “anticipaciones geniales”, que retomará para su ulterior desarrollo la filosofía contemporánea.

De este modo, el libro de Cresson cumple ampliamente su misión de ofrecer una guía objetiva, útil y eficaz para lograr una visión global del sistema del filósofo, en especial para aquellos lectores que no hayan mantenido un contacto directo y asiduo con ella. Seguramente por ello, se ha abstenido Cresson de mencionar las distintas interpretaciones de que ha sido objeto la filosofía de Leibniz por parte de sus historiadores. Ninguna mención ni rastro alguno de la interpretación de aquellos que vislumbran en la filosofía del autor de la *Monaología* un panlogismo, o de los que creen poder mostrar un evidente pantematismo o la patente influencia, conformadora y exclusiva, de sus tendencias y su espíritu religioso. Acaso, sí, en la obra de Cresson sea posible entrever, aunque débilmente, las hue-

llas de una característica innegable de Leibniz: su espíritu conciliador, que tendía a acentuar la armonía probable y posible implícita en la raíz de los diferentes sistemas, y aun los opuestos, pero sin convertirlo en un ecléctico, posición altamente improbable en un espíritu tan potente y original como el de Leibniz.

Una adecuada selección de textos leibnizianos, realizada por el mismo Cresson, sirve de complemento a su introducción.

SEGUNDO A. TRI

CAPELLA, MIGUEL y MATILLA TASCÓN, ANTONIO: *Los Cinco Gremios Mayores de Madrid*. Estudio crítico-histórico. Prólogo de Ramón Carande. Madrid, MCMLVII, 603 páginas.

La Cámara de Comercio de Madrid tuvo la feliz iniciativa de abrir un concurso para premiar al mejor estudio de historia sobre los Cinco Gremios Mayores. El severo Jurado Calificador declaró desierto el premio. Pero decidió aconsejar una nueva instancia, exclusiva para los concursantes que habían presentado trabajos. Es en esta segunda oportunidad que Miguel Capella (Secretario de la Cámara de la Industria de Madrid) y Antonio Matilla Tascon (Director del Archivo y Biblioteca del Ministerio de Hacienda) decidieron presentarse asociados. Y como fruto de su labor conjunta contamos hoy con una valiosa obra de historiografía económica: *Los Cinco Gremios Mayores*. Este estudio crítico-histórico consta de un Prólogo, Cinco Libros y un Apéndice documental, especialmente integrado por una colección de aportes inéditos, cuyos originales se conservan en el Archivo de Simancas y que fueron facilitados por el prologuista D. Ramón Carande (de la Real Academia de la Historia). He aquí el tema abordado en cada uno de los Libros: I. Actuación de los Cinco Gremios Mayores, separadamente considerados. — II. Formación corporativa de los Cinco Gremios Mayores. — III. Expansión y actividad de los Cinco Gremios en España. — IV. Expansión y actividad de los Cinco Gremios en la Europa de Ultramar. — V. Crisis, decadencia y extinción de los Cinco Gremios Mayores de Madrid.

Presentemos el cuadro histórico en que se mueve la investigación. Cuando ciudades como Barcelona, Valencia, Zaragoza, Granada y Sevilla habían logrado la plenitud de la evolución gremial y se regían por minuciosos Reglamentos, Madrid no había dado todavía sus primeros pasos firmes hacia el movimiento corporativo. El poder real castellano desamparaba todo intento de estructura gremial como consecuencia, entre otras causas, de la diversidad de cultos entre la clase social trabajadora. No encajaba en la unidad política y religiosa de Castilla la congregación de cristianos, judíos y moros. Pero en el transcurrir del tiempo se establecen en la Capital del Reino, los Gremios Menores y los Gremios Mayores. Pertenecen a la primera clase los carniceros, vinateros, mesoneros, pescaderos, abaceros, etc. Aunque comerciaban artículos esenciales no figuraban como grandes contribuyentes a la Real Hacienda. A la segunda clase pertenecían los joyeros, merceros (a quienes se les incorporan los drogueros y especieros), sederos, pañeros y lenceros. Comercializaban artículos de lujo y encabezaban principalmente el régimen tributario. Los Gremios Mayores acionaban separadamente. Cada uno en su ramo poseían gran cantidad y variedad de mercancías. Asombra la cantidad de productos que ofrecían a la venta los mercaderes de mercería (págs. 30, 31

y 32). Señalemos que las tiendas estaban debidamente instaladas. Los sederos tenían sus locales en la Puerta de Guadalajara; los joyeros en la calle Mayor; los pañeros en la Plaza Mayor; etc. Y bien. Los Cinco Gremios Mayores, nacidos y formados en el taller artesanal, entran en un proceso de transformación que lleva a sus miembros a integrar una clase social nueva para Madrid, la de la burguesía capitalista. Estos burgueses enriquecidos se adaptan admirablemente a la política económica que impone la dinastía borbónica. La fusión de los Gremios Mayores tiene su génesis hacia 1667. En este año el gremio de mercaderes de seda inicia querrela jurídica contra varios mercaderes de lonjas, acusándolos de competencia ilegal. El pleito comercial relaciona íntimamente a los Gremios Mayores, quienes deciden obrar en perfecto acuerdo para defender intereses comunes. Y en 1684 se produce la unificación corporativa. Desde el momento en que actúan interdependizados cumplen un programa común, cuyos fines son: 1º Mercantil: defensa contra la competencia y formación de Compañías; 2º Fiscal: recaudación de rentas, operaciones crediticias, préstamos al Estado, etc.; 3º Industrial: arrendamiento de fábricas; 4º Finanzas y actividad bancaria: giro de letras y descuento, movimiento de capitales, etc.; y 5º Actividades varias: seguros marítimos, fletamiento de barcos, etc. La Corporación gremial tuvo el propósito inmediato de lograr el dominio completo del mercado suntuario madrileño y actuar como únicos abastecedores de la Corte. Y lograron hacer realidad sus proyectos. Aún más: como al Poder Público le convenía la vinculación comercial y financiera de los Gremios Mayores, no titubeó en prestarle su apoyo en todas las grandes empresas. Y los Gremios Mayores, cada día acreciendo su posición, tienden a la formación de Compañías por acciones. Las constituyen por gremios y en comunidad gremial. En 1763 se crea la "Compañía General y de Comercio de los Cinco Gremios Mayores de Madrid", encargada del comercio con Europa, América y demás partes del mundo. El ritmo de evolución es constante y creciente. En 1785 solicitan autorización para retirar capital y establecer factorías. Al poco tiempo se instala la Factoría de Londres, con actividad comercial y bancaria. Sucesivamente van creando las factorías de Hamburgo, París, Méjico, Veracruz, Arequipa, Lima, etc. Con respecto a las actividades mercantiles en el Perú, los comerciantes limeños deciden reclamar, por intermedio de su Consulado, acusando a los Cinco Gremios Mayores de pretender monopolizar toda la actividad económica de la región. El hecho de que la causa no prosperase, indica bien a las claras de que los Gremios Mayores contaban con el apoyo beneplácito de la Corona. El estudio finaliza ofreciendo las opiniones más fundadas que vertieron sobre los Gremios Mayores tratadistas, políticos y economistas. Sobresalen los juicios históricos expresados por Eugenio Larruga, Campomanes y Juan Uña y Sarthou, cuyas apreciaciones son tamizadas por la crítica constructiva de los autores del libro.

Concluyamos. Para conocer la historia de los Cinco Gremios Mayores de Madrid se requiere conocer el pretérito español integral, especialmente en la etapa borbónica. Con Carlos III los Gremios Mayores alcanzan el apogeo de su poder, puesto que actúan como una sociedad de tipo capitalista. Producen mercancías, comercializan los productos, organizan la distribución, tratan de monopolizar el mercado interno y se expanden en busca del posible dominio del mercado de ultramar. Evidentemente se enriquecieron por medios lícitos e ilícitos. La pretensión de monopolizar la industria le granjearon la animadversión de los políticos y economistas

doctrinarios. Pero no cabe dudas que cumplieron una finalidad para-estatal.

La obra histórica, cuya recensión hemos acometido, resulta un valioso aporte para la historiografía económica. Capella y Mantilla Tascon han penetrado en un campo de investigación virgen y han elaborado un estudio verdaderamente erudito y original. Ahora que, en cuanto a su lectura, los autores no han logrado, a pesar de su buena disposición y promesa, encauzar la relación histórica hacia el campo fértil ameno y comprensible. Se entretuvieron en muchos detalles, profusa hojarasca innecesaria, que hacer perder claridad al proceso vertebral y fatiga a la mente más despierta. Corresponde, pues, que sobre esta docta obra, se conciba una síntesis suave y amable de difusión general.

HORACIO J. CUCCORESE

AMAYA GONZÁLEZ, VÍCTOR: *Barba-Jacob, hombre de sed y de ternura*. Bogotá. Editorial Minerva Ltda., 1957, 104 páginas.

El de Porfirio Barba-Jacob suele ser uno de los nombres-tabú en la historia de la poesía hispanoamericana. Y las pocas veces que se desliza, le acompañan encontrados calificativos. El guatemalteco Rafael Arévalo Martínez ora le señalaba como "el trovador colombiano", ora como "El hombre que parecía un caballo". Juan Hurtado García le evoca "soñador de tiosvivos celestiales". Héctor Rojas Herazo le ve como "gran lírico, de alas siempre sangrantes, celeste desterrado". Aníbal Alfaro le reputa "atormentado genial". El propio Barba-Jacob aspiró a ser "príncipe fatuo de la rima" y se pintaba a sí mismo "poeta de filiación uraniana", "luciferino y sonámbulo". En todo caso, un gran pecador, un torturado sexual; otro Hamlet lírico, como Baudelaire; con algo del *voyou* que Fondane veía en Rimbaud. Y también "hombre de sed y de ternura", cual pretende recuperarle la reciente evocación de Víctor Amaya González que atisba al otro Barba-Jacob.

¿Hay semejante dualidad antinómica de simas y cielos en el poeta de *La estrella de la tarde*? El desconcierto atrapa a quien se aproxima a su obra. ¿Qué pensar de personalidad tan compleja que en *Primera canción de soledad*, cantaba ambiguamente:

*Valle fértil, con ojos azules
que el rumor del juncal adormece,
si expira en los juntos un aura lontana;
fácil coro de aplausos que mece
con moroso ritmo la musa liviana;
un laurel... y la hembra en la umbría
a mi voluntad soberana.
¡Alma mía, qué cosa tan vana!...*

Que en *Soberbia* clamaba, lacerado:

*Le pedí un sublime canto, que endulzara
mi rudo, monótono y áspero vivir.
Él me dió una alondra de rima encantada...
¡Yo quería mil!
Le pedí un ejemplo del ritmo seguro
con que yo pudiera gobernar mi afán.
Me dió un arroyuelo, murmurio nocturno...
¡Yo quería un mar!*

*Le pedí una hoguera de ardor nunca extinto,
para que a mis sueños prestase calor.
Me dió una luciérnaga de menguado brillo...*

¡Yo quería un sol!

*Qué vana es la vida, qué inútil mi impulso,
y el verdor edénico, y el azul Abril...
Oh sórdido guía del viaje nocturno:*

¡Yo quiero morir!

Mientras que en la sensual *Elegía del marino ilusorio*, llevaba aberrante su musa a inconfesable abismos del vicio?

¿Qué pensar de este pánida? ¿Fué un “raro”, según el signo de Darío? ¿O un “maldito”, según el de Verlaine? Es, sin duda, difícil penetrar en la intimidad de Porfirio Barba-Jacob, más allá de la aureola de escándalo que le envolvió, más allá de su condición fatídica de “elegido” oficialmente en la espectral falange a la que concurren Poe, Heine, Hoffmann, Höelderling, Blake, Nietzsche, Baudelaire, Kierkegaard, Dostoievsky, Rimbaud, entre otros.

Infancia atormentada, fijaciones maternas, vida azarosa, alcohol, concupiscencia, desviaciones patológicas, miseria física, alucinaciones, mano dispendiosa para el dinero siempre escaso, distonías frecuentes, dieron pábulo para que en torno de Barba-Jacob se tejieran historias de satanismo y aberración que él mismo parecía complacerse en confirmar, con espíritu de mistificador. “Se cambia de nombre — anota Víctor Amaya González en las páginas de su alegato y antología —. Es conservador, liberal, socialista, comunista y, por último, facista. Se cree Eva y Adán. Le sirve a todos los gobiernos de México a medida que se presentan. Y a otros más. Se complace en crearse una reputación de monstruosidad moral y tiene la manía de mancharse, de hacerse oprobio a sí mismo, y esto con una insistencia pueril y morbosa. Goza sorprendiendo, dramatiza los más pequeños incidentes, y se da por complicado, por excéntrico y por el monstruo mayor que hubiera existido”.

Pero ésta fué la parte de artificio en su personalidad. Y también la búsqueda — falsa búsqueda, por cierto — de notoriedad para su verdadero arte.

Si curiosos de noticias y razones para explicarnos artificio y arte, entramos en las páginas del libro de Amaya González tras de ese otro Barba-Jacob, artista auténtico, tras de aquel Miguel Ángel Osorio Benítez que viera la luz en Colombia un 29 de julio de 1883; de aquel que, en sucesivas mutaciones, fué Main Ximénez, Ricardo Arenales y, por fin, Porfirio Barba-Jacob, saldremos algo defraudados pues en su lugar hallaremos, como sustituto, un anecdotario reivindicatorio, a veces poco convincente, siempre reelaborado literaria y convencionalmente. Tampoco nos compensará el fiasco una seria iluminación de la obra poética, porque afirmar taxativamente, como lo hace Amaya González, que Barba-Jacob, “después de Darío es, con toda evidencia, el mejor poeta de América”, reclama demostraciones, cotejos, ponderaciones, interpretaciones, balances y juicios, que están postergados en su reciente libro, más fruto de admiración que de actitud crítica.

Consiguientemente, también otros aspectos de la obra se resienten de notorias limitaciones, aun aquellos puramente históricos, como serían los relativos a la reconstrucción pormenorizada de la parábola vital del poeta. La vida de Barba-Jacob, desde el momento en que abandona la natal

Santa Rosa de Osos, fué angustiado peregrinar americano: México, Estados Unidos, Cuba, Guatemala, Perú, le significaron transitorios albergues, nunca el reposo, que sólo le llegó aquel 14 de enero de 1942, cuando el mal que minaba su organismo le abatió en México.

Sin embargo, de este calvario nada registra Amaya González, quien funda su ceñida exégesis en razones de amistad y compadrazgo, en el deseo de recuperar al otro Barba-Jacob, hombre de sed y de ternura, el que como niño grande exploró temas de la infancia, el "soñador de tíovivos celestiales". Aunque tampoco dicho propósito está del todo logrado.

Un florilegio de significativos poemas de Barba-Jacob cierra el volumen.

Octubre de 1958.

RAÚL H. CASTAGNINO

ETCHEVERRY, JOSÉ ENRIQUE: *Horacio Quiroga y la creación artística*. Montevideo, Universidad de la República, 1957, 44 págs.

FREIRE, TABRÉ J.: *Javier de Viana, modernista*. Ídem, 40 págs.

GARCÍA PUERTAS, MANUEL: *El romanticismo de Esteban Echeverría*. Ídem, 40 págs.

MENAFRA, LUIS ALBERTO: *Carlos Reyles*. Ídem, 352 págs.

El Departamento de Literatura Iberoamericana de la Facultad de Humanidades y Ciencias de Montevideo, bajo la dirección del profesor Alfonso Llambías de Azevedo, ha cumplido desde el año 1957 un sostenido plan de publicaciones que por su regularidad y calidad, prueban a la vez organización e idoneidad científica en los planteos más modernos de la investigación literaria.

Dicho Departamento depende del Instituto de Filología de la Facultad de Humanidades y Ciencias y fué fundado "con el objeto de realizar estudios e investigaciones sobre la literatura continental de habla española y portuguesa", para lo cual cuenta con una biblioteca especializada de más de cuatro mil volúmenes, *microfilms*, fotocopias y ficheros temáticos, donde profesores y alumnos trabajan en un clima propicio, cuyos primeros frutos fueron cuatro volúmenes monográficos, a saber: *Horacio Quiroga y la creación artística*, por José Enrique Etcheverry; *Javier de Viana, modernista*, por Tabaré J. Freire; *El romanticismo de Esteban Echeverría*, por Manuel García Puertas, y *Carlos Reyles*, por Luis A. Menafra.

Los tres primeros tienen carácter monográfico y son relativamente breves. El estudio sobre *Horacio Quiroga y la creación artística* consigue delinear el "oficio de escritor" en el autor de *Anaconda*, una concepción de la retórica del cuento y algunos de los recursos estilísticos más relevantes. Se trata, pues, de enfoque circunscripto que cumple con la finalidad de situar un aspecto en el crear literario de Quiroga.

El trabajo de Tabaré J. Freire sobre *Javier de Viana, modernista*, de análoga orientación y extensión que el anterior, toma como punto de partida el advertir un dualismo visible en el autor de *Prosa inútil* quien, como teorizador estético condenaba al modernismo, pero como realizador se le filtraba en cuentos y novelas. El ensayo se cierra con un rastreo acerca de la imaginería y el cromatismo en el estilo de Viana y tiene el mérito de incitar al estudio ahondado de un escritor rioplatense que reclama mejor conocimiento y ubicación por parte de la crítica.

Manuel García Puertas firma *El romanticismo de Esteban Echeverría*, donde en breves páginas recorre los antecedentes de la actitud social del autor de *La Cautiva* y las proyecciones literarias, con el aporte de algunos personajes deslindes, como el que sintetizan estas líneas: “Hemos dicho ya que para calificar el romanticismo de Echeverría no hay que perder de vista que el romanticismo tiene dos momentos históricos o, si se quiere, dos bifurcaciones ideológicas: hay un romanticismo que si bien es renovador en la forma es sin embargo ideológicamente reaccionario, de cara hacia el pasado y herméticamente encerrado en un epotismo desesperado y desesperanzado, y hay otro romanticismo revolucionario no sólo en la forma, sino también en el contenido, afincado en la realidad y de cara hacia el futuro. Sin lugar a dudas Echeverría pertenece a esta última modalidad romántica. Por ello no nos convence la afirmación de Alberdi que asimila el romanticismo de Echeverría al romanticismo sentimental de Lamartine. Ni la de Agosti, que reduce el romanticismo de Echeverría «al impulso ideal de la conducta». Echeverría no sólo fué romántico por impulso, lo fué también porque el romanticismo liberal alimentaba doctrinariamente su actitud revolucionaria, lo mismo que en Hugo, Byron, Mazzini y Espronceda”.

El planteo de estas tres monografías deja entrever que constituyen anticipo de trabajos mayores en trámite de realización y tiene la virtud de provocar acerca de ellos provechosa expectativa, dado su calidad y madurez.

De otra índole es el contenido del volumen *Carlos Reyles*, de Luis Alberto Menafrá. En sus 352 páginas encierra un completo estudio sobre vida y obra del creador de *El embrujo de Sevilla*. Desde hacía años, Menafrá estaba consagrado al estudio de la personalidad de Reyles. *La Prensa* de Buenos Aires, ya en 1941, había acogido sendos artículos sobre *Carlos Reyles y la generación del 98* y la *Génesis de “El embrujo de Sevilla”*. Luego, a lo largo de empeños y afanes, fué perfilándose esta obra — ahora fundamental para el conocimiento del novelista —, que desgraciadamente Menafrá no pudo ver en letras de moldes, pues el implacable mal que minó su salud le llevó cuando su pluma alcanzaba a dar los últimos toques a los manuscritos. Y fué Tabaré J. Freira, con quien Menafrá mantuvo íntima y fraternal amistad, quien cuidó la edición póstuma.

La obra está concebida en cinco partes, las cuales, significativamente, se titulan: “Fermentación del yo”, “Desarrollo ascendente del yo”, “La crisis: crispación del yo”, “Densidad y amplitud del yo”, “Las torturas del yo”. Y remata en seis apéndices documentales.

La exégesis de Menafrá arranca desde el momento en que el abuelo inglés de Carlos Reyles se introduce como polizón en una nave de la flota inglesa que en 1806 parte rumbo al Río de la Plata con propósitos de conquista y ocupación. Sigue, a través de su afincamiento americano, la constitución del hogar humilde, la visión económica del hijo — precisamente el progenitor del novelista —, que amasa fortuna y configura los rasgos de *self-made men* en el carácter de los Reyles.

Luego, la biografía propiamente dicha de Carlos Reyles, afectiva y densa. Reviven en las páginas evocativas su temperamento fuerte, los desencuentros con la autoridad paterna, la boda romántica con Antonia Hierro, la recién llegada tiple de zarzuela. Más adelante, los pininos literarios en *Por la vida*, panfleto y autobiografía; el primer periplo europeo, donde la atracción de Sevilla incubará “el embrujo” que plasmará más tarde novelísticamente; los tanteos narrativos en *Beba y Las*

Academias, preanunciadores del modernismo vibrante en *La raza de Caín*; la vuelta al realismo a través de la lucha social y política y de la evocación literaria en *El terruño*; el paso por el ensayismo de los *Diálogos olímpicos* hasta desembocar en la obra cimera: *El embrujo de Sevilla*. Aquí el estudio de Menafrá se dilata en los múltiples contornos apuntados en las páginas de Reyes: lo telúrico y exótico, los vínculos generacionales, los contactos con pintores y otros artistas, el ancestro tenorresco, la integración de todo lo español y todo lo latino en el símbolo sevillano.

La indagación de Menafrá otea también los campos estéticos de la técnica narrativa y del estilo, y se cierra con el cuadro patético de los días finales de Reyes, postrado físicamente, pero animoso de espíritu, esgrimida la pluma hasta el instante penúltimo de su vida.

Consideramos que el aporte de Menafrá será de indispensable consulta no sólo para el conocimiento de vida y obra de Carlos Reyes, sino, además, para situar una trayectoria de la novelística oriental, sus constantes y líneas de influencias de mayor gravitación.

Ante estas muestras del plan de labor cumplido en 1957, cabe felicitar al Departamento de Literatura Iberoamericana de la Facultad de Humanidades y Ciencias de Montevideo y augurarle cosecha igualmente profícua para el futuro inmediato.

Octubre de 1958.

RAÚL H. CASTAGNINO

REYES DE LA MAZA, LUIS: *El teatro en México entre la Reforma y el Imperio. 1858-1861*. México, Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Estéticas, 1958. (Estudios y fuentes del arte en México. Volumen V), 201 páginas.

Luis Reyes de la Maza, joven integrante del Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México, se ha propuesto el amplio y ambicioso plan de historiar el teatro mexicano a lo largo del siglo XIX. Para ello se dispone a reconstruir en lo cotidiano, a través de las más diversas fuentes (archivos, programas, crónicas, memorias, documentos, reglamentos, etc.), la actividad de la institución teatral y a recuperar ese pasado en cuya indagación una pléyade de críticos e historiadores ha señalado ya sendas y derroteros, amojonados con nombres señeros, como los de Vicente Riva Palacio, Enrique de Olivarría y Ferrari, E. Abreu Gómez, F. J. Gómez y Flores, Alfonso Reyes, Carlos González Peña, Julio Jiménez Rueda, Harvey L. Johnson, Armando De María y Campos, Francisco Monterde, José Rojas Garcidueñas, Rodolfo Usigli, Manuel Mañón, Willis Knapp Jones y otros.

Reyes de la Maza pone ahora bajo la advocación del erudito y prolífico Armando De María y Campos, su nuevo libro *El teatro en México entre la Reforma y el Imperio (1858-1861)*, donde prosigue un tipo de trabajo comenzado en 1956 con *El teatro en 1857 y sus antecedentes*.

El reciente volumen consta de dos partes. Una, inicial, breve, a manera de introito; en ella el autor brinda las razones de época y sociedad que explican ciertas características de aquella vida teatral y advierte acerca de empresas y cómicos. Otra, extensa, de índole documental, donde se transcriben programas y crónicas de todas las funciones realizadas entre dichos años.

La empresa de Reyes de la Maza es abnegada; en realidad puede decirse que trabaja en beneficio de otros, porque entrega, día por día y una por una, las pruebas de la actividad teatral entre esos años de 1858 y 1861 en México. Significa ello, además, sacrificio del brillo personal en pro de la verdad histórica que surge así con la fuerza directa de la documentación ofrecida.

Sin embargo, aun reconociendo los méritos de la empresa a que se ha abocado Reyes de la Maza y el significado de la misma para el mejor estudio de la cultura mexicana del siglo pasado, no nos explicamos qué finalidad persigue la publicación fragmentaria de aspectos tan circunscritos y parciales de un trabajo, el cual evidentemente debería estar vertebrado por una tesis que el autor no anticipa y que sólo ha de cobrar sentido cuando quede completada la investigación del todo orgánico que es el proceso teatral mexicano a lo largo del siglo XIX.

Octubre de 1958.

RAÚL H. CASTAGNINO

LABOR UNIVERSITARIA VALIOSA

EL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ESTÉTICAS DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

En mi reciente viaje a México, invitado por la Universidad Autónoma y con el auspicio de la Universidad de La Plata, estuve adscripto como profesor visitante e investigador, por el término de tres meses, al Instituto de Investigaciones Estéticas, que dirige el profesor Dr. Justino Fernández, en cuya cátedra dicté un curso sobre arte argentino.

En contacto con este Instituto — en el que me reuní para comentar en mesa redonda con los investigadores mexicanos asuntos concernientes a las artes americanas, y muchas veces dialogué con su director y el cuerpo de docentes que diariamente concurre al mismo, constituyendo en la totalidad una significativa familia espiritual —, he podido comprobar en qué grado se cumple en México una labor de real importancia para el conocimiento y la difusión del arte mexicano y el arte en general. En ese organismo se conjugan las disciplinas de las artes plásticas, de la literatura, de la poesía, del teatro y del folklore, y el propósito consiste en partir de lo nacional para ascender a lo universal. La base fundamental es la historia, de la documental a la interpretativa, y la estética arraiga en esa faz históricocultural, como adelantada de las ciencias del espíritu, no especulación abstracto sino asimilación y análisis de valores consustanciados en la obra de arte y en su trascendencia humana, social y metafísica.

El Instituto de Investigaciones Estéticas fué fundado en 1936 por el eminente maestro e historiador de arte D. Manuel Toussaint (1890-1955), y tuvo origen en el Laboratorio de Arte, creado por él un año antes, ampliando así las zonas de la cultura. Da a conocer los resultados, mediante publicaciones periódicas, de los trabajos de cátedra, de seminarios, de cursos y conferencias, a los que se agregan las investigaciones originales de estudiosos del Nuevo y Viejo Mundo. En un cuarto de siglo ha incorporado a su biblioteca más de cien volúmenes, divididos en: "Anales", que reúnen estudios breves y documentos, catálogos de exposiciones

y otros hechos culturales; "Estudios y fuentes del arte mexicanos", destinados a trabajos monográficos; "Historia del arte en México", parte sustancial de lo realizado, que incluye tres notables volúmenes: I, "Arte precolombino en México y de América Central", por Salvador Toscano. II, "Arte colonial en México", por Manuel Toussaint. III, "Arte moderno y contemporáneo de México", por Justino Fernández. Es esta obra la primera de Historia del Arte Mexicano: abarca todos los períodos artísticos, de los tiempos prehispánicos a nuestros días. Junto a esas fundamentales aportaciones, se incorpora hoy: "Coatlicus. Estética del arte indígena antiguo" y "El Retablo de los Reyes. Estética del arte de Nueva España", de Justino Fernández, libros originales por el espíritu interpretativo que los anima y la documentación seleccionada a través de los distintos investigadores y críticos que han profundizado en dichos temas, lo cual ofrece a los estudiosos síntesis esenciales para completar a fondo la indagación respectiva. Fernández hace obra de historiador y de crítico de arte, y sus libros, de la calidad de los citados, a los que se suman "Prometeo. Ensayo sobre la pintura contemporánea", "Orozco. Forma e Idea" y "Arte mexicano", lo prueban fehacientemente. El punto de partida de su posición, válido a mi parecer, se concreta en estas líneas escritas en el prólogo de "Coatlicue": "Somos más modernos que novohispanos, sin dejar de ser indios. Y somos occidentales, sin dejar de ser americanos". Siente el crítico y profesor insigne verdadera devoción por la belleza en su autonomía y universalidad, y se asienta sobre los valores vitales de la cultura, los cuales tienen caracterización y estilo en cada tiempo histórico.

A los títulos mencionados, cabe legítimamente recordar otros significativos: "Sillería del Coro de la antigua iglesia de San Agustín", por Rafael García Granados; "El gran signo formal del barroco", por Víctor Manuel Villegas; "Trajes civiles, militares y religiosos", por Claudio Linati, una joya bibliográfica en reproducción facsimilar y con litografías a color, que data de 1828; "Pátzcuaro", por Manuel Toussaint; "Paisajes mexicanos del siglo XIX" y "Grabados y grabadores en la Nueva España", por Manuel Romero de Terreros; "El teatro en México entre la Reforma y el Imperio", por Luis Reyes de la Maza; "La ciudad de Cholula y sus iglesias", "Arquitectura de los Coros de monjas en México", "Las piras funerarias en la historia y el arte de México" y "San Miguel Allende. Su historia y sus monumentos", por Francisco de la Maza. Es el Dr. de la Maza un notable conocedor del período colonial, dignísimo sucesor del maestro Toussaint, y su obra capital sobre el barroco, que de tiempo prepara, es enriquecida día a día con su conocimiento de certero juicio e infalible gusto estético. No menos merecen citarse: "Panorama de la música tradicional en México", por Vicente T. Mendoza; "El antiguo Colegio de San Indefonso", de José Rojas Garcidueñas; "Técnica de la pintura de Nueva España" y "Galería de pintura de la Academia de San Carlos", por Abelardo Carrillo y Gariel; "Documentos para la historia de la litografía en México", recopilados por Edmundo O'Gorman; "El Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo", por Clementina Díaz de Ovando; "Textos de Orozco", "Expedición a Bonampak", por Raúl Anguiano, etc. No deben ser olvidados los textos de publicación reciente: J. J. Wilckelmann, "De la belleza en el arte clásico"; Jean M. Rivière, "El arte y la estética del Budismo", y otros anteriores, "Sobre estética griega", de Juan David García Bacca y "La estética contemporánea", de Rudolf Odebrecht, a los que seguirán volúmenes sobre pueblos y épocas del arte y la cultura.

Sirva, la presente noticia y reseña, para señalar de qué modo la Universidad Autónoma de México otorga a la valiosa labor del Instituto de Investigaciones Estéticas una significación e importancia remarcables, atenta al proceso cultural que enriquecen las rigurosas disciplinas del Arte y de la Estética. Complementan, además, la acción fecunda del Instituto, la Colección de Arte, al cuidado del Dr. Pedro Rojas, miembro del Instituto de Investigaciones Estéticas, que tiende a difundir otros aspectos de las artes mexicanas y universales. En esta interesante Colección han aparecido: "La escultura del México antiguo", por Paul Westheim; "Tonantzintla", por Pedro Rojas; "Pintores y escultores italianos de los siglos XIII, XIV y XV", por J. J. Crespo de la Serna; "Diego Rivera", por Samuel Ramos; "Cinco pintores mexicanos", por Raúl Flores Guerrero; "Rufino Tamayo", por Octavio Paz; "Carlos Orozco Romero", por Margarita Nelken; "Siqueiros", por Raquel Tibol. Ha sido invitado a colaborar con "Pintura argentina moderna", el autor de esta nota.

ROMUALDO BRUGHETTI